



## ÁBRETE (EPHATA) A LOS POBRES: HACIA UNA CULTURA DE SERVICIO Y DE EVANGELIZACIÓN

La Compañía invita a todas las Hijas de la Caridad a entrar con nuevos bríos y, tal vez, con un estilo distinto, nuevo, en el mundo de los pobres para servirlos, evangelizarlos y promocionarlos. En resumen, para dedicarse a ellos en cuerpo y alma, exactamente como hizo Jesucristo en su paso por nuestro mundo. Cuántas veces repitió San Vicente a las Hijas de la Caridad que su vocación consistía en hacer y en vivir como hizo y vivió Jesucristo.

En el servicio y en la evangelización de los pobres, recordamos algunas cosas que resultan esenciales hoy:

1) **Jesucristo, “evangelizador y servidor de los pobres”**. Aquí está formulada la cristología vicenciana. Un vicenciano, una Hija de la Caridad siempre tendrá que estar refrescando o rejuveneciendo su vocación en un continuo contacto y profundización con el Jesucristo de los Evangelios, que es Jesucristo en medio de los pobres.

Aprendamos de la historia: la experiencia espiritual de Vicente, la que le permitió redescubrir su vocación, está relacionada con el descubrimiento del Jesucristo de los Evangelios. Así lo cuenta su primer biógrafo Abelly: “*Un día se decidió a tomar la resolución firme e inviolable de honrar más a Jesucristo e imitarle más perfectamente de lo que hasta entonces lo había hecho, que fue dar toda su vida por amor a los pobres*” (L. ABELLY, I, 241).

A juzgar por esta cita de Abelly y otras, Vicente encontró sentido a su vida, no cuando fue ordenado sacerdote, sino 17 años después, cuando se decidió a amar más a Jesucristo y a seguirlo más de cerca como evangelizador y servidor de los pobres. Ésta fue su experiencia, y sin ella no se explicaría ni su vida ni ninguna de las instituciones que él fundó. Si los vicencianos no conectamos y repetimos la experiencia espiritual de San Vicente por lo que se refiere a Jesucristo, todos los esfuerzos de renovación y de reforzar la identidad resultarán ineficaces. Porque la identidad no vendrá por vía de asambleas, documentos, planes de formación, programas pastorales. Entiéndase bien las cosas. Todos éstos



pueden ser instrumentos válidos, pero a condición de que no falte la experiencia espiritual de Jesucristo, que recorría los caminos en busca de los necesitados. Con este Cristo hay que configurarse. Ahí está la fuerza de la vocación vicenciana.

Sobre Jesucristo, tengamos en cuenta este dato actual: lo que atrae hoy a la gente y a los jóvenes no es tanto la Iglesia y sus instituciones, cuanto el Jesús de los Evangelios, porque sigue siendo una figura fascinante que no pasará nunca de moda. Las teorías y las instituciones envejecen, Jesucristo no porque no es ni lo uno ni lo otro. Jesucristo es un estilo de vida, una forma de concebir la existencia. Desde este supuesto, es fácil concluir que las instituciones en la Iglesia (incluida la Compañía de las Hijas de la Caridad y la Familia vicenciana) tendrán futuro en la medida en que acierten a reflejar en sus estructuras y en sus personas la frescura de Jesucristo.

Podemos preguntarnos esto: cuando una joven se acerca a una casa vuestra o a una obra vuestra (colegio, residencia, obra social...) ¿percibe enseguida que el motor de esa casa-obra es Jesucristo, “evangelizador y servidor de los pobres”? O, por el contrario, ¿lo primero que se percibe es organización, mucha organización, orden, programas, reuniones, muchas reuniones...? Sí, Jesucristo también está, pero tal vez un poco asfixiado entre tanta estructura. Me pregunto: ¿cómo conseguir que el estilo de Jesús sea más visible en nuestras comunidades y en nuestras obras? No olvidemos que esta transparencia de Jesucristo en las personas y en las instituciones es lo que puede interrogar hoy a los jóvenes. He aquí una de las claves que debe orientar hoy la pastoral vocacional.

En nuestro tiempo, resulta necesario rescatar la frescura de Jesucristo y de la primitiva Iglesia que, con un mínimo de estructura, llegaron a tanta gente en forma de pan, de consuelo, de curación. Una de las exigencias de nuestra vocación vicenciana consiste en esto: con un “mínimo de estructura” llegar a un “máximo de misión-caridad”, exactamente como hizo Jesucristo y como hizo San Vicente. Y no al contrario, porque entonces nos convertimos fácilmente en profesionales de la caridad. Nuestras virtudes vicencianas nos llevan a ese “máximo de misión-caridad y a ese mínimo de estructura”.

De todo lo dicho hasta aquí, podemos llegar a esta conclusión: nuestra vocación consiste en vivir y trabajar como vivió y trabajó Jesucristo con la gente del pueblo, con los pobres. Aquí está todo. Nadie duda de la atracción y la gran popularidad del Papa Francisco. ¿Dónde está



su atractivo? Está en que él vive, trabaja y habla como lo hacía el mismo Jesucristo.

## **2. No basta con servir y evangelizar a los pobres, hoy hay que hacerlo buscando su dignidad**

\* La vida nómada de Jesús le facilitó su cercanía con el mundo de los pobres, a los que reconoció siempre una dignidad. Jesús nos ofrece muchas pruebas de esa dignidad: les acoge en su mesa, come con ellos, toca a los enfermos, a los pecadores les ofrece el perdón pero sin exigirles previamente un cambio, les anuncia el Reino de Dios, se preocupa de ellos, vive entre ellos y como ellos.

También Vicente entendió que a los pobres no se les podía atender y evangelizar de cualquier manera, sino siempre salvando su dignidad. La siguiente escena de la película *El Señor Vicente* puede ayudarnos a entender dos sensibilidades diferentes frente al mundo de los pobres: la del Canciller Séguier (hoy diríamos Ministro de Justicia o del Interior) y Vicente de Paúl. El Canciller Séguier le comunica a Vicente que, dentro de unos días, no habrá ni un solo pobre en la ciudad de París. Ante el asombro gozoso de Vicente, el Canciller le da la clave para acabar con el problema de los pobres: *“Los arrestaré a todos”*. Vicente, enojado, replica: *“La caridad, Señor Canciller, consiste en ayudar a los pobres a mantener su dignidad de personas”*. Y el Canciller Séguier corta el diálogo con un gran enfado: *“¡La Caridad! ¡La Caridad! Es la que usted ha inventado. Antes no era más que una virtud, era perfecta. Se invitaba a las Damas de linaje en sus parroquias, se la mencionaba en los sermones, provocaba una lagrimita, una moneda de la bolsa y todo el mundo estaba tranquilo. Usted ha sido un visionario. Ha removido cielo y tierra. Y tanto ha fastidiado con su caridad que la ha echado en manos del gobierno... Sinceramente, ¿cree usted que tenemos necesidad de su caridad? Antes de vuestra cruzada, también había pobres y no perturbaban el sueño de las personas decentes...”* En este breve diálogo están recogidas dos sensibilidades distintas ante la realidad de los pobres. La primera (concretada en el político Séguier) busca hacer algo por los pobres (asegurarles alimentación y cobijo), pero a costa de otros derechos fundamentales, como eran, el derecho a la libertad, al trabajo, a ser tratados como personas... La postura de Vicente es mucho más fina y humana. Tiene en cuenta todos los derechos fundamentales que hay que salvaguardar en la persona. Por eso, se opone a la política de Séguier.

Sobre los derechos de las personas, es cierto que Vicente no hizo ninguna elaboración teórica ni jurídica, pero los derechos del hombre, que



la revolución francesa se gloria de haber inventado, Vicente los puso todos en pie con las diversas fundaciones que hizo a lo largo de toda su vida.

\* Hoy, nosotros somos muy conscientes de los derechos de los pobres y tratamos de respetarlos todos. Por supuesto. Ahora bien, sin darnos cuenta podemos caer en el peligro de imponer nuestra realidad a los pobres porque –inconscientemente– podemos pensar que *“mi manera de entender y de hacer las cosas es la mejor manera, más aún, es la única”*: mi expresión religiosa es la única que vale. Se cuáles son las necesidades de los pobres y lo que quieren (sin preguntarles). No parece ésta la forma de actuar de Jesucristo. Recuerdo que la exigencia de la Encarnación es dejar el propio espacio para entrar en el espacio del pobre a fin de acompañarle con el Evangelio. No es fácil esto porque somos personas del centro, económica y socialmente hablando (JESUCRISTO NO FUE DEL CENTRO, SINO DE LA PERIFERIA). Los pobres viven en las periferias donde existe otra realidad, otros valores, otra cultura, otra expresión religiosa. Se impone siempre un diálogo para respetar todo aquello que sea respetable. De lo contrario, se puede avasallar al pobre, un poco como hizo el Ministro Seguier. Nuestras virtudes específicas pueden ayudarnos a ello.

Un detalle más para realizar la revalorizar la dignidad de los pobres. Dice Gustavo Gutiérrez: *“¿Dices que amas a los pobres? ¿Cuáles son sus nombres?”* Es posible servir y evangelizar a los pobres sin escucharles, sin darles tiempo, sin compartir su vida, pero esto no será una verdadera evangelización. El fin de nuestra vocación es insertarnos entre los pobres para amarlos como hermanos y hermanas. Porque el amor es redentor.

### **3. La evangelización debe ser integral**

Jesucristo no hacía distinción entre cuerpo y espíritu cuando se acercaba a los pobres. A Él le interesaba su dignidad, sus necesidades, que conocieran que Dios es para ellos Padre, que conocieran el Reino de Dios. En su acción evangelizadora, Jesucristo no excluye ninguna dimensión de la persona. Más aún, no vino a establecer ninguna religión, sino a ayudar a los hombres y mujeres a tener una vida más sana y más feliz, y a saber relacionarse con Dios en términos paterno-filial.

Así lo entendió también San Vicente. Entre mil posibles textos, baste solamente éste para corroborar lo que estamos diciendo: *“Venir a evangelizar a los pobres no se entiende solamente enseñar los misterios necesarios*



*para la salvación, sino hacer todas las cosas predichas y prefiguradas por los profetas, hacer efectivo el Evangelio” (XI, 391).*

Así lo entiende también hoy la Iglesia. Reproducimos aquí un texto del capítulo IV de la *Evangelii gaudium*, texto en el que VP se vería perfectamente reflejado: *“La tarea evangelizadora implica y exige una promoción integral de cada ser humano. Ya no se puede decir que la religión debe recluirse en el ámbito privado y que está sólo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas para que las disfrutemos (ITm 6, 17), para que todos puedan disfrutarlas.. Por consiguiente, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos... Una auténtica fe, que nunca es cómoda e individualista, siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra” (EG 182-183).*

Del hecho de que Vicente de Paúl fundara dos Compañías y de sus nombres, *Congregación de la Misión* y *Compañía de las Hijas de la Caridad*, sería erróneo deducir que él separaba la evangelización y la promoción humana, encomendando la primera a los miembros de la Congregación de la Misión y la segunda a las Hijas de la Caridad. Él había dicho a los misioneros: *“Si hay alguno entre vosotros que crean que están en la Misión para evangelizar a los pobres y no para cuidarlos, para remediar sus necesidades espirituales y no las temporales, les diré que tenemos que asistirles y hacer que les asistan de todas las maneras, nosotros y los demás, si queremos oír esas agradables palabras del soberano juez de vivos y muertos: Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado, porque tuve hambre y me disteis de comer, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me cuidasteis. Hacer esto es evangelizar de palabra y de obra; es lo más perfecto; y es lo que Nuestro Señor practicó...” (XI, 393).*

A lo largo de la historia, la Iglesia ha utilizado mucho la palabra en la evangelización. Hoy día, sin embargo, en muchas partes del mundo, la palabra se ha devaluado considerablemente. A mucha gente le convence más el lenguaje de los hechos, el lenguaje de la caridad porque es menos ambiguo. Desde la más pura doctrina vicenciana y desde el convencimiento de la misma Iglesia, no se puede prescindir de ninguno de los dos. Cuando se habla de “nuevo lenguaje” en la Nueva



*Evangelización*, no se refiere sólo a un lenguaje adaptado, sencillo, incisivo... Todo esto está bien, pero el verdadero lenguaje revolucionario es el lenguaje de la caridad, centrado en obras: que las parroquias, además de proclamar la palabra, sea un lugar donde se llevan a cabo proyectos para los oprimidos. Este es el nuevo lenguaje del que habla la Iglesia.

Una última consideración muy concreta. Desde la convicción de que la evangelización debe ser integral y que, además, se deben conjuntar fuerzas, podemos preguntarnos: ¿puede el anuncio evangelizador de la Iglesia realizarse hoy al margen o no tener en cuenta los objetivos de desarrollo sostenible identificados por la ONU en Septiembre de 2015 como objetivos mundiales para los próximos 15 años?

Recuerdo los objetivos del desarrollo sostenible: fin de la pobreza, hambre cero, salud y bienestar, educación de calidad, igualdad de género, agua limpia y saneamiento para todos, energía no contaminante, trabajo decente y crecimiento económico, industria – innovación – infraestructura, reducción de las desigualdades, ciudades y comunidades sostenibles, producción y consumo responsables, acción por el clima, vida submarina, vida de ecosistemas terrestres, paz – justicia e instituciones sólidas, alianzas para lograr objetivos.

¿Qué servicio evangelizador prestaría la Iglesia, y nosotros con ella, a la humanidad si no recorre estos caminos desafiantes y concretos del hombre actual? La Buena Noticia del Evangelio no se reduce a esos objetivos; pero si el Evangelio les incluye en sus entrañas, tienen más posibilidades de ser buena noticia para la persona hoy.

El corazón de cada vicenciano evangelizador no puede encerrarse en estrechas causas, ni limitarse a pequeños horizontes; tampoco puede dejarse vencer, pese a la apariencia, por una consideración pesimista del mundo y de la sociedad actual. Nuestro amor y nuestro dolor es el ser humano. Nuestro corazón, en nuestra misión evangelizadora, ha de batirse por los grandes retos y batallas de nuestra humanidad. Las luchas de la humanidad han de ser nuestras luchas; la causa del ser humano ha de ser nuestra causa, porque también es la causa de Dios Padre. Como Jesucristo, somos servidores de la humanidad.

#### **4. Estamos llamados a evangelizar con audacia y creatividad**

No a ser repetitivos y monótonos porque esto no convence a nadie. *“El trabajo evangelizador tiene que abandonar el cómodo criterio del siempre se ha hecho así”* (EG 33). A veces, se esgrime este criterio en nuestras





comunidades, canonizando así la comodidad, el inmovilismo y la rutina. “Invito a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades” (EG 33).

La audacia y la creatividad de Jesucristo consistió en que Él comunicó su Evangelio a través del contacto directo con los excluidos y a través de comidas sanadoras que devolvieron la dignidad a tantos pobres y que inauguraron una nueva relación con Dios, en términos paternofiliales y no en términos de señor-siervo, como era tradicional entre los judíos. Jesucristo rompió los moldes de aquella sociedad rígida en sus costumbres y más preocupada por mantener una forma de relación con Dios que, lejos de humanizar, esclavizaba y multiplicaba el número de los excluidos.

San Vicente es también un buen ejemplo de audacia y de creatividad en la evangelización y servicio a los pobres. A medida que surgían las necesidades, en esa misma medida él respondía con iniciativas originales y bien pensadas, sin miedo a fracasar. Comprometió a mujeres y a hombres, clero y laicado, jóvenes y adultos, ricos y pobres para afrontar las necesidades urgentes de su tiempo. La cantidad de iniciativas y trabajos que llevó a cabo Vicente nos demuestra su audacia y creatividad...

Tan sorprendente eran las actividades de Vicente que el predicador en su funeral, Henri de Maupas du Tour, declaró: “Él casi ha transformado el rostro de la Iglesia”. Seguramente la fuente principal de todas sus iniciativas no fue su capacidad intelectual potente o su imaginación desbordante, sino su pasión por la misión y por los pobres. Situarle lúcidamente y apasionadamente en esta fuente de energía que es la misión y que son los pobres, lleva –sin lugar a dudas– a la creatividad y a abrir nuevos caminos. Éste fue exactamente el caso de Vicente de Paúl: la pasión y la urgencia por la misión y la caridad le llevó a poner en marcha mil iniciativas. Pero el motor fue la pasión. Podríamos traer aquí aquel viejo principio cargado de sabiduría, según el cual “lo que el corazón quiere, la mente se lo acaba mostrando y las manos y los pies lo llevan a cabo”. San Vicente dijo algo parecido a un grupo de Hermanas cuando les aseguró que querer fuertemente una cosa es ya tanto como haber recorrido medio camino para conseguirlo.

P. Javier Álvarez, *Vicario general*